





# CAMINO EN EL ALBA

Poemas de OSCAR CASTRO — Edit. Nascimento, 1938

Las futuras antologías de poesía chilena recogerán en sus páginas el nombre de Oscar Castro, poeta que se revela en este libro como un temperamento escogido y un verdadero intérprete de la poesía. Dirán que Oscar Castro no se ha dejado influenciar por sus contemporáneos y que es el único poeta que sabe acordar lo clásico y lo moderno, sin destruir el ritmo y ahondando en cada verso la emoción.

Se dirá que "Camino en el alba" es un libro rico en savia poética, cuyas páginas sencillas nos ponen en contacto con la belleza de la tierra y los humildes caminos del espíritu.

Augusto D'Halmar apadrina al joven poeta. En el prólogo nos relata su primer encuentro con Oscar Castro, allá por el año 1928, en una velada funebre, en homenaje a García Lorca. Hubiéramos deseado palabras que hablasen más de Castro y menos de D'Halmar.

Con un interés y una emoción crecientes, hemos ido en silencio por ese "Camino en el alba". Fragmento de flores, iluminado por una luna de agua, con encañiladas de sombra y sangre: "Camino en el alba", por el que nos conduce el poeta con mano fraternal y nos va contando pausadamente de las cosas que le rodean.

Oscar Castro posee el sentido de lo poético y sabe ofrecer las cosas más vulgares en forma novedosa y emotiva. La primera parte del libro titúlase "Música del camino"; reune en seguida algunos romances y poemas con el sugestivo título de "Posada de las evocaciones"; en la tercera parte coloca los poemas de la tierra, y en la última tres romances españoles que están en la "Encrucijada con sangre".

En "Romance del vendedor de raciones", sin imitar a García Lorca ni a Capdevila, ni a Luis Cans, escribe estos versos puros:

"El estero es, en la noche,  
un trozo de cielo que anda.  
Arriba, el cielo fulgente,  
es un estero que cae,  
Los cascos de los boricuas  
trazan el cielo y el agua.  
El hombre que va cantando  
tiene la copa mojada".  
El poeta es el arriero que llega  
al pueblo con su venta primeriza  
de canciones:  
"¡Canciones maduras traigo,  
canciones recién cortadas!  
y quedará por las calles  
como un olor de manzanas."

Si imaginación ha encontrado  
los más novedosos ritos junto a  
la brújula de la ciencia en su  
"Despedida a orillas de los mástiles":

"¡Oh, capitán de todos los  
navíos perdidos,  
ponle tu traje de tormentas,  
las condecoraciones de ancores  
(naufragados,  
coge el timón que cambia el  
crucero a las estrellas!"

Oscar Castro ha detenido su  
mirada con deleite de artista en  
el vuelo de la abeja que le sugiere  
versos llenos de alegría verana-  
rúrgica, de luz y llama. En pocos  
versos ha apiltronado todo el  
sentido poético de "la abeja en  
el sol":

"En el patio con sol  
va zumbando la abeja, corriendo  
del verano.  
Frutas, aguas, copijas, a su vuelo  
de se prenden.  
Trae cantando en ella la colina y  
del campo."

Este poeta nos muestra desde  
su primer libro cierta madurez  
lírica y un discreto sentido que  
da seguridad, consistencia y em-  
oción al canto que fluye con  
naturalidad. Los poemas muen-  
tran riqueza de lenguaje y  
purificación en las imágenes, que  
por no ser claras dejan de ser  
nuevas y modernas. El espíritu  
del autor ha penetrado en re-  
cintos inexplorados; ha descu-  
bierto el metal precioso y nos lo  
ofrece con generosidad. Hay en  
este escritor mucho de poeta  
campesino: él se detiene ante las  
hermosas perspectivas del paisaje  
de su tierra y aspira las fragan-  
cias de los jardines de María  
Rosario, para tejer con nostalgia  
los tiempos del corazón.

"Límpida alegría de la casa cam-  
peña,  
entre el alba de los almendros  
(concordidos  
ventanas claras con el cielo por  
cristal  
y adentro, un ritmo de coramóns  
(tranquiles"

Nos cuenta que en esa vida es-  
taba la felicidad en el agua del  
pozo, en la alegría de los niños y  
que "la cordillera, detrás de los  
pinos—se adormía en un blanco  
de alas de ángeles—y en un azul  
de lirios". El amor le vierte en "la  
infancia cancionera de María  
Rosario", quien "tenía voz de pá-  
jaro y aroma de eucalipto". Co-  
mo seguimos con el poeta, por  
"El camino de las Vegas" y nos  
suomamos a "los ojos tan hop-  
dos de María Rosario". "La  
flauta del recuerdo", que toca el  
poeta, es la misma que llevamos  
en la bruma del tiempo junto al  
dolor y al gozo.

Junto a la tierra dura, pero  
de corazón maternal, ha mirado  
a la "Allarera". De ella nos  
cuenta:

"Las manos de esta vieja que  
(amasa la grúa,  
aprendieron sus nudos a los ár-  
(mientos  
y su color a las avellanaz secas.  
Así está, edificando cántaros,  
junto al arroyo pulidor de gu-  
(jarros,  
entre la soledad violeta y la cor-  
(dillera."

En la última parte del libro  
nos encontramos en una "Encru-

nos hermoso que los anteriores,  
cuenta su "Ojeada por los niños  
muertos". "Respuesta a García  
Lorca", es romance logrado, ca-  
yo versos tienen acero, luna y  
guitarra. El poeta escribe del cé-  
lebre granadino:

Llévate el día en el cinto  
como un alfiler de plata,  
y en el arnés de la silla,  
una guitarra gitana.  
Romances de luces nuevas  
se abren en su garganta.  
Los arroyos del canto jondo  
lo lamian como llamas.  
Cuando solistas su copa  
cantaba toda la España".

"Camino en el alba" nos regala  
las flores, fragancias de la tierra,  
tiene el reguero amoroso para  
María Rosario y es el mismo  
vazo que fabricaron las manos  
sarmientosas de la "allarera".

Cárlas René Correa C.

# Camino en el alba [artículo] Carlos René Correa C.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Correa, Carlos René, 1912-1999

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1939

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Camino en el alba [artículo] Carlos René Correa C.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile